

XX

EL DÍA DE DIFUNTOS  
EN LOS EJÉRCITOS DE LA LÍNEA DE COMBATE

2 de noviembre de 1915.

Desde hace dos o tres días, en toda la extensión de la línea de combate, las tumbas de nuestros soldados revelan la proximidad de la celebración de la Fiesta de Difuntos. Nada importa el lugar en que se encuentren, ya estén agrupadas en torno de las iglesias en los camposantos de los pueblos, ya alineadas militarmente en los reducidos cementerios especiales que se les han dedicado, ya aisladas a la orilla de un camino, en el rincón de un bosque, o solitarias y perdidas en medio de los campos, por doquiera, aun cuando se las divise desde muy lejos, bajo el cielo sombrío de estos días y sobre el fondo gris de la cam-

piña, atraen las miradas por la vistosa lozanía de sus adornos. Cada tumba tiene por lo menos cuatro hermosas banderas tricolores, dos a la cabeza y dos a los pies, y además muchas coronas con lazos y muchísimas flores. Los oficiales y los camaradas de nuestros muertos han puesto a contribución sus bolsillos para realizar este homenaje, han efectuado a veces grandes esfuerzos para traer los elementos necesarios de las ciudades inmediatas, y luego lo han combinado y lo han arreglado todo piadosamente, de manera que no falte un recuerdo ni para los menos conocidos, ni siquiera para algunos pobres anónimos.

Aquí, en este pueblo donde la casualidad me ha hecho habitar de paso, el cementerio está instalado, en forma de anfiteatro, en la ladera de una colina, y el sitio que sirve de enterramiento a los soldados, ocupa la parte alta y resulta visible desde cualquier punto de los alrededores. Hay sepultados quince, y como cada uno tiene sus cuatro banderas, aparecen sesenta enseñas nacionales en el fúnebre recinto. Y el rudo viento de otoño agita sin cesar, casi alegre-

mente, las leves telas, las extiende y las mezcla y aumenta el efecto del conjunto; además no existen tres colores que, al reunirse, se presten tan brillante y animado realce como nuestros tres colores franceses. Y en las tumbas hay tantas y tantas flores, dalias, crisantemos y rosas, que parecen recubiertas por un sólo tapiz suntuosamente cargado de adornos. En estos días todo el cementerio muéstrase muy florido, pero sin embargo está falto de relieve y de esplendor, al lado del terreno en que yacen nuestros soldados. Este rincón privilegiado es el que se ve primeramente, desde lejos, desde todos los caminos que conducen al pueblo, — y habrá quien pregunte: ¿Qué fiesta se celebra ahí, y por qué flotan tantas banderas?

Recuerdo que la antevíspera fui testigo presencial de los preparativos para el decorado. Nuestros cazadores, con las manos llenas de ramilletes, trabajaban en el Camposanto, apresuradamente, con recogimiento, hablando en voz baja. A lo lejos se oía muy amortiguada la orquesta de la incesante batalla, y dominando a

la orquesta alzábase la voz grande y magnífica de nuestra « artillería pesada »; hubiérase creído que, en el fondo del horizonte extremo, retumbaba una tormenta. Bajo el cielo opaco y entre la semiobscuridad ya invernal, el aspecto de cementerio era siniestro. Pero, a pesar de todo, el celo de los cazadores, que adornaban con mucha habilidad las tumbas, seguramente había de proporcionar alguna suave satisfacción a las almas de los juveniles muertos.

¡Y qué misas tan hermosas y tan llenas de emoción se han cantado por doquiera, en la línea de combate, el día de Difuntos! En todas las humildes iglesias rurales — al menos en aquellas no destruídas por los Bárbaros — reuniéronse en tal fecha, para adornarlas, todos los estandartes, cirios, banderas y coronas que cada pueblo pudo allegar. Y los templos han resultado muy pequeños para la muchedumbre que ha acudido a ellos: oficiales, soldados, población civil y mujeres, en su mayoría de luto, que lloraban discretamente y ocultaban bajo sus velos los ojos enrojecidos por las lágrimas. Los soldados, espon-

táneamente, para dedicar a las almas de sus camaradas un concierto excepcional, habíanse aplicado a aprender los himnos del fin terrenal, — el *Dies iræ* y el *De profundis*, — y sus voces, aunque inhábilmente manejadas, vibraban de manera conmovedora en los unísonos del canto llano, con acompañamiento de órgano. — Y para el supremo sacrificio, para la muerte gloriosa ¿qué mejor preparación podría encontrarse que estas plegarias, esta música y hasta estas flores?...

Los improvisados coristas han cantado esta mañana con entusiasmo grave. Seguidamente, a continuación de la misa y no obstante la lluvia glacial y el fango de los caminos, de cada iglesia ha salido la muchedumbre procesionalmente para dirigirse a los cementerios, marchando detrás del clero con cruz alzada. Y de nuevo, como el día del entierro, todas las tumbas militares han recibido la bendición.

Refiero esto, acordándome de las madres, de las esposas y de las familias que habitan lejos de aquí, en otras provincias de Francia, y cuyos

corazones indudablemente se angustian más aún al pensar en que la sepultura del bien amado pudiera verse en el abandono y hasta en condiciones de no ser reconocida en plazo próximo. ¡ Oh ! ¡ Que se tranquilicen ! A pesar de la humildad de estas crucecitas de madera, casi todas idénticas, en parte alguna son tan respetadas y tan honradas las tumbas como en la línea de combate, y en parte alguna recibirán homenajes más conmovedores, ni más ramilletes, ni más plegarias, ni más lágrimas...

## XXI

LA CRUZ DE HONOR PARA LA BANDERA  
DE LA INFANTERÍA DE MARINA

París, que es por excelencia la ciudad de los impulsos generosos, festejaba hace algunos días a nuestros soldados de infantería de Marina procedentes del Iser, — ó, por lo menos, a los últimos restos de la brigada heroica, a los contados que han podido retornar. Está muy bien festejarlos así; pero ¡ ay, cuán prontamente va a olvidarse todo esto !

Hoy, nuestro querido y eminente Ministro de Marina, el Almirante Lacaze, para glorificación de la brigada que perdió el setenta y cinco por ciento de su efectivo, ha mandado fijar en carteles, a bordo de nuestros buques de guerra, la hermosa orden del día en la cual, el Generalísimo

al darles la despedida, concluye dirigiéndoles estas palabras : « La valerosa conducta de la brigada de infantería de Marina, en las llanuras del Iser, de Nieuport y de Dixmude, quedará en los ejércitos como ejemplo de ardor guerrero y de abnegación hacia la patria. Los soldados de infantería de Marina y sus jefes pueden estar orgullosos de la nueva página gloriosa que han inscrito en su historia. » Ciertamente, esta publicación en carteles será más duradera que las recepciones de París; pero, por desgracia, se olvidará también, y se olvidará demasiado pronto.

Puesto que, después de la disolución de esta brigada selecta, se ha resuelto conservar en el Ejército su bandera, para perpetuar su memoria, ¿no sería posible adornar con la Cruz de Honor a esta bandera verdaderamente excepcional? Según parece, ya se ha pensado en ello; pero tal vez — nada sé en concreto, — pero tal vez la iniciativa se ha detenido ante algún artículo del Reglamento, porque tengo idea de haber leído que es preciso, para conceder la Cruz, que la bandera haya sido « desplegada » con motivo de

una gran ofensiva, de un importante hecho de armas. Ahora bien, el caso de nuestros soldados de infantería de Marina es de tal modo especial que ningún reglamento lo ha previsto ni podía preverlo. ¿Cómo, durante la lucha inaudita, iban a mantener *desplegada* su bandera, si en aquellos días no la tenían aún? Improvisóse apresuradamente esta brigada, y fué a combatir sin el incomparable emblema tricolor que todas las demás brigadas poseían antes de marchar a la línea de batalla. Más tarde, mucho después de las heroicas proezas realizadas al entrar en campaña, se les concedió la bandera, cuando el papel que desempeñaban era ya algo menos terrible. En tales condiciones, deseo y espero que no ha de ser imposible interpretar o sortear el Reglamento en favor de esta petición. Si fuese condecorada esta bandera, todos los marinos que la recibieron jubilosamente allá, un día en que sus tres colores mostrábanse aún por completo nuevos y deslumbrantes, sentiríanse recompensados a la vez que ella, y más adelante, en lo porvenir, cuando sus descendientes acudiesen a contem-

plar este andrajo sagrado deslucido por el polvo, la Cruz, que se le habría concedido, les hablaría mejor de los actos sublimes realizados en los campos de batalla de Bélgica.

Nunca serán excesivos los honores que se tributen a la brigada de los marinos, de la cual se ha dicho oficialmente por escrito : *Jamás, en época alguna, ha existido tropa que haga lo que ésta ha hecho.* Y he aquí un fragmento de la carta que, el día de la disolución de la brigada y después de haber pasado la revista suprema, escribió el general Hély d'Oissel al capitán de navío Paillet, que la mandaba entonces, — carta que fué leída a todos los marineros, en correcta formación, y que hizo que se les agolpasen a los ojos lágrimas de emoción :

« ...Desearía conservar este *estado* (la espantosa relación de los muertos : oficiales, suboficiales y marinos) como elocuente y espléndido testimonio de los servicios inmensos que ha prestado al país esta admirable brigada, de la cual está orgullo-sísimo el ejército de tierra por haberla tenido en sus filas, y de la cual estoy orgullo-sísimo yo, por

haberla tenido a mis órdenes durante más de un año de guerra.

« Cuando esta mañana he visto desfilar correcta y alegremente a esos valerosos marinos, no he podido sustraerme a una emoción punzadora, pensando que era la última vez que los veía desfilar. »

Efectivamente, fué allí, en los pantanos sangrientos del Iser, donde se estrelló por segunda vez, y de modo definitivo, la embestida de los bárbaros. Los dos grandes fracasos decisivos del miserable Emperador de las manos rojas fueron, según es sabido, la retirada del Marne, y luego esta detención en Bélgica ante un puñadito de marinos llenos de tenacidades sobrehumanas.

Y no habían sido elegidos expresamente estos sublimes testarudos, no; fueron los que más pronto se hallaron a mano, designados de prisa en nuestros puertos. Ni aun siquiera los llamaron para batirse, sino para que prestasen tranquilamente servicio de policía en las calles de París. Y desde París, cierto día, como el peligro era extremado, se les envió hacia el Iser, sin prepara-

ción, apenas equipados, con las raciones estrictas de víveres, diciéndoles solamente : « ¡Haceos matar, pero que la Bestia alemana no pase adelante! A todo trance, cueste lo que cueste, tenedla a raya por lo menos una semana, hasta darnos tiempo para el envío de auxilios ». Ahora bien, según se recordará, hicieron frente al enemigo, casi indefinidamente, en medio de un verdadero infierno de fuego, de metralla, de estruendo, de desplome de ruinas, de frío, de lluvia y de hundimientos en el fango. Y, a partir del día en que el choque de la Bestia fué amortiguado por ellos, pudo Francia considerarse y se consideró verdaderamente salvada.

Parece que, en realidad, basta tomar a unos cuantos muchachos valerosos y ponerles el cuello azul, para convertirlos en héroes. Entre otros ejemplos, durante la guerra de China, he sido testigo de un caso análogo : se cogió al azar un puñado de hombres a bordo de nuestros buques, se dió el mando de ellos a tres juveniles oficiales de escasa graduación, y, este conjunto precoz, resultó de repente un *todo* admirable, unido, dis-

ciplinado, ardoroso y sin miedo, capaz de realizar, de la noche a la mañana, prodigios de resistencia y de audacia.

¡Oh, esta brigada del Iser, con la cual he estado a punto de irme! Declaro que intrigué mucho para que me agregasen a ella, y casi había logrado mi deseo, cuando un obstáculo, que nunca hubiera podido prever, me descartó inexorablemente de la combinación. Haber tenido que renunciar, después de creer logrado mi propósito, constituirá para mí, hasta el fin de mi vida, un sentimiento agudo y cruel... Permitaseme, al menos, que me consuele un poco rindiendo tributo de admiración a los que allá fueron; permitaseme, siquiera, la alegría de que trabaje para glorificar su memoria. Pido, pues, desde aquí, para ellos — y no hablo sólo en nombre propio, porque a mi ruego se asocian muchos de mis camaradas de Marina, camaradas *que tampoco estuvieron allí* y cuyo desinterés, por lo tanto, no puede ser puesto en tela de juicio, — pido, desde aquí, para ellos, y casi con confianza, aun cuando acaso el Reglamento se encargue de quitármela,

esta consagración diez veces merecida y que no puede inspirar recelos a nadie : ¡ que se adorne su bandera con un trocito de cinta roja !

## XXII

## EL DÍA DE LOS ATOLONDRAMIENTOS

Diciembre de 1915.

Este día, por corresponder a un período de tranquilidad, el General me autorizó para disponer de un automóvil durante tres o cuatro horas, con objeto de emprender la busca de la tumba de uno de mis sobrinos, que sucumbió destrozado por un proyectil de artillería durante nuestra ofensiva de Septiembre.

Noticias incompletas me habían informado de que el cadáver de mi sobrino reposaba en un humilde cementerio, improvisado al siguiente día de un combate, a quinientos o seiscientos metros de un pueblecillo llamado T..., cuyas ruinas, cañoneadas aún diariamente y cada vez más informes, yacen en el límite de la zona fran-

cesa, muy cerca de las trincheras alemanas. Pero yo ignoraba cómo se efectuó el sepelio. ¿Fué en una fosa común o fué al amparo de una crucecita en la cual se grabó su nombre, para permitir que más adelante pudiesen ser recogidos los mortales despojos?

« Para ir a T..., me dijo el General, dé usted un rodeo por el pueblo de B...; es el camino donde hay menos riesgo de verse *encañonado*. En B..., si las circunstancias del momento ofrecen caracteres peligrosos, un centinela, cumpliendo su consigna, le prohibirá a usted continuar el viaje; entonces, no hay más que ocultar el automóvil detrás de una pared, y proseguir el camino a pie, — con las precauciones naturales, como es lógico. »

Mi fiel servidor Osmán, que, desde hace una veintena de años, comparte mis aventuras en todos los países, y que es soldado como todo el mundo, soldado territorial, perdió a un primo suyo en el mismo combate en que murió mi sobrino, y le han dicho que su pariente fué inhumado en el mismo cementerio que mi deudo; así

pues, ha obtenido autorización para acompañarme en mis piadosas pesquisas.

Hoy todo está salpicado de escarcha en la siniestra campiña, sobre la cual pesa una niebla helada; a sesenta metros de distancia no se distingue cosa alguna, y los árboles, que se elevan a los lados de los caminos, se borran envueltos en inmensos sudarios blancos.

Después de correr una media hora en nuestro vehículo, entramos de lleno en este infierno de la línea de combate, al cual, después de acostumbrarse, se le presta poca o ninguna atención, pero que produce impresión profundísima las primeras veces que se le visita y que, andando el tiempo, será un cuadro muy difícil de reconstituir aun cuando nos esforcemos por recordarlo. Es el caos, la confusión, todo destruido, todo deshecho, muros calcinados, casas despanzurradas, pueblos por tierra; pero una vida intensa y magnífica anima los caminos y las ruinas; no se ven habitantes « civiles », ni mujeres, ni niños; no hay más que soldados, caballos y automóviles, pero tantos y tantos que cuesta mucho trabajo

avanzar. Dos corrientes, casi no interrumpidas, dividen las carreteras; de un lado, todo lo que va a la línea de fuego; del otro, todo lo que vuelve de esa línea. Vense pesados camiones de artillería, de municiones, de víveres y de la Cruz Roja, que traquetean tropezando en las rodadas endurecidas por los hielos y producen un ensordecedor estruendo de herrajes, en competencia con el ruido más o menos lejano del incesante cañoneo. Los rostros variados de los que viajan en esas enormes máquinas con ruedas, rebosan salud y decisión; hay soldados nuestros que lucen ya ese casco de acero azulado que recuerda a la antigua borgoñota y que es como una evocación de tiempos pretéritos; hay barbas amarillas de rusos y hay pieles atezadas de indios y de beduinos. Toda esta multitud camina, camina, arrastrando montones de cosas heterogéneas y hay también millares de caballos que se deslizan entre las gruesas e innumerables oleadas de personas. Verdaderamente podríamos creernos en la época de una emigración general de la Humanidad, después de algún cataclismo que hubiese tras-

tornado la faz del mundo... Pues bien, no; esta es sencillamente la obra del gran Maldito que ha desencadenado a la barbarie alemana; había invertido cuarenta años en preparar el *golpe* monstruoso que, con arreglo a sus cálculos, debía llevarle a la apoteosis de su orgullo insensato, pero que no le habrá llevado sino a su caída, en un mar de sangre, en medio de la repugnancia universal...

Indiscutiblemente hoy es día de mucha calma, porque, aun en los instantes en que cesa el estrépito que producen al rodar los férreos camiones, no se escuchan los bramidos del cañón. Sin duda la causa de tal silencio es esta niebla, esta amable niebla que nos favorecerá bastante; cualquiera diría que la habíamos encargado a medida de nuestro deseo.

Hemos llegado al pueblo de B..., al mismo que el General nos indicó como probable punto de término de nuestra carrera en automóvil. La afluencia de soldados toca en el colmo; entre las paredes destrozadas y entre los techos quemados, se agolpan y se agitan borgoñotas y capas

de color azul horizonte. Y todo está obstruido por estos pesados vehículos que entran en el pueblo y se inmovilizan o por el contrario ejecutan la maniobra necesaria para dar la vuelta y emprender el regreso : es que aquí nos encontramos en el umbral de la región donde, habitualmente, nadie se arriesga sino de noche, a pie y sin producir ruido, o bien, si es de día, yendo uno a uno, para no llamar la atención de los anteojos alemanes. Así, pues, al extremo del pueblo, la vida cesa bruscamente, como cortada en seco de un hachazo; de pronto, soledad absoluta; el camino, es cierto, continúa hacia el pueblo de T..., pero ese camino aparece, por ensalmo, desierto y silencioso; entre sus dos hileras de árboles escarchados, sepúltase con aspecto misterioso en la densa y blanca niebla, y no produciría asombro tropezar con un poste que ostentase el siguiente letrero : Camino de la muerte.

Nos detenemos un minuto titubeando. Sin embargo no veo ninguna de las señales que es corriente colocar en los sitios donde conviene hacer alto : ni la acostumbrada banderita roja,

ni la rama de árbol plantada en tierra, ni el centinela de alarma que, con ambas manos, eleva el fusil sobre su cabeza; el camino está considerado como transitable en el día de hoy, y cuando pregunto si, en efecto, conduce a T..., los suboficiales a quienes me dirijo se limitan a contestar : « Sí, mi coronel, » y me saludan militarmente, sin manifestar asombro. En vista de ello, resolvemos proseguir, observando a pesar de todo la precaución de no marchar demasiado de prisa para no promover demasiado ruido.

Y sólo por este silencio en que nos abismamos cada vez más, sólo por esta soledad, reconocería que nos encontramos en el límite extremo de nuestra línea; porque una de las singularidades de la guerra nueva consiste en que siempre la zona trágica, la que confina con las madrigueras de los bárbaros, tiene el aspecto de un desierto; no se ve a nadie, todo está oculto, hundido, y — salvo los días en que la Muerte rompe a aullar con su potente y horrisona voz, — lo general es que nada se oiga...

Avanzamos, avanzamos, en un escenario lleno

de lúgubre monotonía, sin cesar semejante a sí mismo, y de apariencia tan vaporosa, de aire tan inconsistente cual si estuviese fabricado con muselina; cincuenta metros detrás de nosotros, se borra y se cierra; cincuenta metros ante nosotros, se abre a medida que corremos, pero sin modificar su aspecto: siempre la senda blanquecina con los carriles helados, siempre la llanura blanquecina que se esfuma sin mostrar sus lejanías; siempre el espesor de estos algodones impalpables, tan fríos y tan blancos, que reemplazan al aire, y siempre estas dos filas de árboles espolvoreados de escarcha, semejantes a escobas grandes que se hubiesen arrastrado entre sal antes de clavarlas en tierra por el mango. Se comprueba, por ejemplo, que es una región visitada con excesiva frecuencia por el rayo, — por el rayo o por algo equivalente... ¡Oh, cuántos árboles hay torcidos, rotos y con las ramas destrazadas colgando en jirones!

Atravesamos las trincheras francesas, abiertas a la derecha y a la izquierda del camino, dando frente a este desconocido hacia el cual avanza-

mos; para el caso improbable de un repliegue de nuestras tropas, hay preparadas muchas líneas de trincheras, pero todas están vacías, y, así, el terreno que recorreremos prosigue siendo la continuación del mismo desierto. De vez en cuando, ordeno que el automóvil se detenga, para mirar en derredor y para acechar cualquier ruido. Nada se oye; reina un silencio tal como si la Naturaleza se hubiese muerto de frío. La niebla tiende a espesarse cada vez más, y no hay anteojos capaces de vernos a través de estos velos. A lo sumo, podrían ellos oírnos llegar allá, y todavía es pronto. Según mis mapas, aun tenemos ante nosotros dos kilómetros, por lo menos. ¡Sigamos avanzando!

Sin embargo, súbitamente, como una evocación de fantasmas, surgen juntas de la tierra, a la derecha, a la izquierda, cerca y lejos, cabezas, filas de cabezas adornadas con el casco azul. — ¡Ah, diablo!... Son soldados nuestros, huelga decirlo, y se limitan a mirarnos, exhibiéndose poquísimos; y cuando estas trincheras, que con rapidez vamos dejando a la espalda, se encuen-

tran de tal modo guarnecidas de soldados sobre aviso, hay que suponer que nos hallamos bonitamente próximos a la guarida del ogro. No obstante, avanzamos un poco más todavía, puesto que la amable niebla nos acompaña fielmente, sirviéndonos de cómplice.

Quinientos metros más adelante, pienso en sus micrófonos, únicos que podrían denunciarnos, y precisamente me acuerdo de que la tierra helada y la niebla son dos maravillosos conductores del sonido. Entonces experimento la convicción repentina de que he avanzado en demasía, excesivamente, de que la muerte me rodea y de que tan solo nos protege la niebla, y me estremezco comprendiendo que soy responsable de la existencia de mis soldados : ni siquiera estoy desempeñando una comisión de servicio, esto no es más que un paseo, y, en tales condiciones, si le ocurriese una desgracia a uno de ellos, tendría yo remordimientos de por vida. ¡ Hay que detener el automóvil sin perder momento !... Inmediatamente continuaré a pie hasta el pueblo de T..., para que allí nuestros soldados, guarecidos en los

sótanos de las ruínas, me suministren indicaciones acerca del punto en que se halla el cementerio que busco.

Pero, en este preciso instante, una plantación funeraria muy espesa comienza a dibujarse en un campo, a la izquierda del camino : cruces, cruces de madera blanca, aparecen en filas apretadas, numerosas como las cepas en los viñedos de Champaña; es un humilde cementerio de soldados, muy reciente y ya muy grande, por completo tapizado de escarcha como las llanuras de los contornos, e infinitamente desolado en esta tierra blanquecina donde no luce su verdor ni una hierba... ¡ Si fuera éste el que buscamos !

— ¡ Pues, sí, señor, éste es !, grita Osmán, ¡ éste es ! Aquí está la sepultura de mi pobre primo; mire usted, mi Comandante, la primera, la que toca con la zanja que sirve de límite, ¡ aquí leo su nombre ! »

En efecto, yo también leo : Pedro D...; la inscripción se destaca en caracteres muy gruesos, y la cruz aparece más vuelta hacia nosotros que las otras, como para decirnos : « ¡ Alto, aquí

estamos, no se aventuren alejándose más; apéense!»

Y nos apeamos, escuchando atentamente en medio del silencio. Ni se oye ruido ni se nota movimiento, a no ser el leve rumor de la caída de alguna de las perlas de escarcha que adornan a los esqueléticos árboles del camino. Nuestra seguridad es absoluta, a juzgar por las apariencias. Entramos, pues, tranquilamente en el camposanto al cual casi fuimos llamados por la actitud de esta humilde cruz.

Osmán había preparado con esmero dos botellitas lacradas — conteniendo inscriptos los nombres y apellidos de nuestros dos muertos — para sepultarlas al pie de las tumbas, por miedo a los proyectiles de artillería, muy capaces de venir aún a destrozar todos estos rótulos; ahora caemos en la cuenta de que, atolondradamente, hemos olvidado traer la pala para cavar el suelo; tanto peor, ya nos arreglaremos. Los dos conductores del automóvil entran con nosotros, porque, al enterarse del objeto de la excursión, habían tenido la amable idea de proveerse cada uno de

ellos de un aparato fotográfico, para obtener vistas de las tumbas. Con la de Pedro D..., hemos dado en seguida; ya sólo tenemos que buscar a mi sobrino, entre esta juvenil multitud helada; para ganar tiempo — porque fuerza es convenir en que, a pesar de todo, el sitio no resulta muy tranquilizador, — nos distribuimos la piadosa tarea, y cada uno de nosotros recorre una de las filas formadas con regularidad militar.

No creo que exista imaginación humana capaz de concebir cosa alguna tan lúgubre como este anchuroso cementerio de soldados, en este abandono, en este silencio de acecho, hostil y traidor, y con esta horrible vecindad cuya amenaza, valga la frase, se siente cernerse en el aire. Todo cuanto nos rodea es blanco o blanquecino, comenzando por este suelo de Champaña, que lo sería de por sí, sin necesidad de los innumerables cristallitos de hielo que lo recubren. No hay arbustos, ni follaje, ni siquiera hierba; no hay más que la tierra de color gris pálido ceniciento en la cual se han abierto las fosas. Álzanse doscientos o trescientos montículos muy estrechos — cual si

se hubiese temido que faltase terreno, — cada uno de ellos rematado por su misérrima cruz de madera blanca. Todas estas cruces, todas estas cruces enaguinaldadas por la escarcha, muestran los brazos como salpicados de humildes lágrimas silenciosas, que se hubieran clavado en ellos sin poder resbalar. Y la niebla envuelve con tanto cuidado este conjunto, que no deja ver exactamente el término del cementerio; las últimas cruces, recargadas de colgantes blancos, se pierden en un fondo de vaga palidez; se experimenta la sensación de que en el mundo sólo existe este campo, con sus millares de perlas tristemente brilladoras, y nada más allá...

Me he inclinado, por lo menos, ante un centenar de tumbas, y no logro descubrir sino nombres de desconocidos; frecuentemente tropiezo con esta mención cruel: No identificado. — Digo que me he inclinado, porque, a veces, la inscripción, en lugar de aparecer trazada con pintura negra, ha sido grabada en una plaquita de cinc — no había otra cosa a mano, — grabada apresuradamente, y por lo tanto resulta difícil de descifrar.

Al fin descubro al pobre muchacho a quien he venido a buscar: « Sargento Jorge de F... » Aquí está, encajado como si practicase el ejercicio, entre sus compañeros de silencio. A su tumba le ha correspondido una plaquita de cinc, y su nombre ha sido inscrito pacientemente, punteándolo, sin duda con un clavo y un martillo. Es una de las rarísimas sepulturas que lucen corona; ¡oh! una corona muy modesta, de follaje ya descolorido, recuerdo de sus soldados, que de seguro le profesaban cariño, porque sé que los trataba con bondad.

Para más adelante, para cuando sea ocasión de venir a recoger los restos, voy a trazar en mi cuaderno de notas un plano del cementerio, contando las hileras de tumbas y contando las tumbas de cada hilera... ¡Calla! ¿Silbidos de balas? ¡Tres o cuatro balas en fila! ¿De dónde vienen? Tengo la seguridad de que estaban destinadas a nosotros, porque el silbido de cada una de ellas termina con esta especie de cantito meloso: « ¡Cuí-yú! ¡Cuí-yú! », que es el que modulan cuando llegan a morir en dirección a una

persona y muy cerca de ella. Vuelve a reinar el silencio, después del paso de las bajas; pero me apresuro más aún a trazar el dibujo.

Y, a medida que se prolonga la permanencia allí, me siento cada vez más impregnado del horror del paraje. ¡Oh, este cementerio que, en vez de terminar como las cosas reales, se hunde poco a poco en un sudario de nubes; estas tumbas, estas tumbas cuajadas de pedrería de hielo que ha resbalado como llanto; esta blancura del suelo y esta blancura de todo, y la Muerte que viene taimadamente a revolotear aquí, lanzando una especie de chillido de ave!... Allá, junto a la tumba de Pedro D..., divisó a Osmán, también muy esfumado entre la niebla; ha encontrado una pala, que sin duda quedó abandonada después de las inhumaciones, y está terminando de enterrar la botellita indicadora... Otra vez resuena el « ¡Cui-yú! ¡Cui-yú! » Resueltamente este sitio es *malsano*, como dirían los soldados, y constituiría en mí una falta entretenerme más.

¡Vaya, bueno! ¡Ahora un *shrapnel*! Antes de escuchar su explosión en el aire, lo reconocí por

el ruido de su vuelo, que difiere del de las balas de cañón. Por haber apuntado muy a la derecha, la metralla de este primer disparo va a caer a veinte o treinta metros del sitio en que estoy, y se desparrama sobre los blancos montículos de las tumbas. Pero es evidente que los micrófonos han hecho que nuestra presencia sea advertida, y que estamos encañonados. Y esto va a continuar y no veo refugio en parte alguna: ni hay trinchera ni agujero para resguardo.

— « ¡Agáchese usted, mi Comandante, agáchese usted! », me grita desde lejos Osmán, viendo venir un segundo proyectil hacia mí, mientras que aun permanezco con la atención fija en las sepulturas. — ¿Agacharme? ¿Con qué objeto? Eso está bien si se tratase de balas, pero no cuando se trata de *shrapnels* que estallan y caen en forma de lluvia. No, los que aquí nos hacen falta son nuestros cascos de acero, pero atolondradamente, como no sentíamos recelo, los hemos dejado en el automóvil con las caretas. Ponernos en salvo, eso es lo único que tenemos que hacer. Osmán acude hacia mí, trayendo la pala y la otra bote-

llita. Y le digo : « ¡No! ¡No! ¡Es demasiado tarde! ¡Escápate cuanto antes! » — ¡Ay, Dios mío, y el automóvil que aun no ha dado la vuelta! Y era lo elemental, lo primero que debió ocurrírse nos tan pronto como llegamos. El día de hoy es una serie negra de atolondramientos; ¿en qué estoy pensando? Sírvame de atenuante el que nuestra entrada en el cementerio fué muy tranquila. Me dirijo a los dos conductores, que continúan obteniendo fotografías, y les ordeno : « ¡Pero dejen todo eso, déjelo! ¡Pronto, a dar la vuelta al automóvil! Sin embargo, ¡no hay que extremar la rapidez, para no producir demasiado ruido! ¡Vamos! ¡Apresúrense! » Osmán, aprovechando el momento de conversación con los conductores, ha comenzado a cavar junto a mí : « No, te repito que dejes eso; ya ves que siguen disparando; ¡corre a guarecerte detrás de un árbol del camino! — Pero si esto ya está despachado, mi Comandante; si ya está despachado. Mientras el automóvil de la vuelta, ¡he concluído! » Interiormente, prefiero que me desobedezca, y que la faena quede realizada.

Nunca con tanta presteza fué abierto un hoyo y nunca con tanta celeridad enterróse una botella; después de la operación, mi fiel servidor extendió la tierra, saltó sobre ella para apisonarla, y tiró su pala de sepulturero. Entonces nos alejamos a paso de carga, corriendo sobre las fosas de nuestros muertos, pidiéndoles mentalmente que nos perdonasen. Nada tan ridículo, nada que parezca más tonto que el correr bajo las balas; pero no estoy solo, tengo a mi cargo estos soldados, y sería criminal si retrasase, aunque sólo fuera un segundo, la fuga de todos.

Los *shrapnels* no cesan de estallar, sembrando su granizo en torno nuestro. ¡Y cuán rara resulta, como uno de los refinamientos de la guerra moderna, esta Muerte que viene así a buscarnos desde el fondo de lo invisible, desde el fondo de los blancos algodones del horizonte, lanzada contra nosotros por personas a las cuales no vemos y que tampoco nos ven, lanzada a ciegas, pero segura, a pesar de todo, de alcanzarnos!

Llegamos al automóvil en el preciso momento

en que acaba de dar la vuelta, saltamos al interior y emprendemos el regreso a toda marcha, a velocidad máxima. Pasamos como un huracán ante las trincheras habitadas; ahora casi no asoman los soldados la cabeza, en razón a la lluvia de metralla. Ellos están a cubierto, pero nosotros todavía no, pues solo contamos, para salvarnos, con la velocidad del carruaje.

Durante esta fuga desenfundada — en la cual mi única ocupación ha sido dejar correr, — mi fantasía, ya con más libertad, vuelve a fijarse en el lúgubre cuadro del cementerio y de sus muertos. ¡Qué extraordinariamente bien se oía la aproximación de los *shrapnels*, en medio del silencio y de la densísima niebla que aumentaba, a la manera de un micrófono, el ruido de su vuelo! Acaso esta es la vez primera en mi vida que los escucho así, como *solistas*, separados de los habituales estruendos, en la intimidad, valga la expresión, y dispensándome el honor de venir dedicados exclusivamente a mí. Nunca hasta ahora he experimentado la sensación casi física de su loca rapidez de cuerpecillo duro, y de lo que

debe de ser su choque contra un obstáculo frágil, como el pecho o la cabeza...

Hemos conseguido lo que nos proponíamos, y nos encontramos de retorno en el pueblo de B... Aquí han terminado los *shrapnels*; únicamente empleando piezas de largo alcance, podrían llegar hasta nosotros los proyectiles. El automóvil ha escapado intacto, ni un cristal roto, ni un arañazo. Por instinto, los conductores detienen la marcha en el momento en que yo iba a decirselo; no es que el vehículo necesite tomar aliento; tampoco nosotros; pero necesitamos, sí, arreglarnos y arreglar las capas que forman un revoltijo y que, desde el punto en que principió la carrera, vienen bailando la zarabanda con los aparatos fotográficos, con los cascos y con los revólveres.

Y entonces, como personas que para cobijarse de un chaparrón han logrado encontrar una puerta cochera, nos miramos, y, al mirarnos, sentimos ganas de reír: ganas de reír, a pesar del angustioso y recentísimo recuerdo de nuestros muertos; ganas de reír, por haber salido con bien del lance; ganas de reír, por haber logrado nues-

tro propósito, y, sobre todo, por habernos burlado de esos imbéciles que disparaban contra nosotros por elevación...

## XXIII

CON EL PRIMER SOL DE MARZO

10 de Marzo de 1916.

Esta zona de quince o veinte kilómetros de ancho, horriblemente destrozada, que, en nuestra Francia, se extiende desde el mar del Norte hasta Alsacia y sigue la línea de las trincheras donde se guarecen los Bárbaros, esta zona de la gran angustia y de la gloria grande, alcanza por aquí, a mi juicio, el grado máximo de su inverosimilitud de pesadilla, al mismo tiempo que el grado máximo de su horror; digo *por aquí*, porque no tengo derecho para señalar con más precisión, pero, en fin, por aquí, en cierta provincia que, desde antes de la guerra había recibido un triste apodo, algo así como la desolada, la miserable, la piojosa. Con anterioridad a la